

La queja del repatriado.

Ya tras de los montes
El sol se ocultaba,
Rodeado de nubes brillantes
De viva escarlata.
Allí en aquel campo,
Como perla entre inmensa esmeralda,
Se veía á lo lejos entre los olivos,
Como una paloma
La casita blanca.
Llegué. Ella impaciente
Ha tiempo aguardaba,
Al verme tiñó sus mejillas
El rubor en potente oleada.
Entre los montes
De flores y rústica alhacón,
Que en redor había
De aquella ventana,
Su cara preciosa,
Su busto de estatuas,
Inclinadas los ví como náveq
Y sentí que mi sangre abrasaba.
Cogí entre mis manos
Sus manos pequeñas de nácar,
Y quedo la dije:
La duda me mata,
Déjame que en tus ojos yo lea
Lo que exista en el fondo de tu alma.
Clavó en mí sus ojos
Y vi en su mirada
Tan pura y tranquila
La conciencia serena y sin mancha.

II

Yo partí á la guerra,
Silenciosas lágrimas
Barrieron mi rostro
Al dejar la patria.
Allí peleamos igual que las fieras
Con suerte muy varia,
Y hermanos y hermanos
De la misma raza.
¡Cuántas, cuantas noches
De aquellas tan cálidas,
Mirando á los cielos
Tendido en mi hamaca,
Con el pensamiento
Cruzando distancias,
Me hallé en mi terrño
En la pobre Mancha,
Y vi entre los campos de verdes olivos
La casita blanca!
Acciones cobardes,
Y miles infamias,
Al fin terminaron
Con vergüenza la horrible campaña.
Allí quedó muerta
La flor de la España,
Algunos, no muchos, volvieron
A pisar la patria.

III

Lleno de ilusiones,
Lleno de esperanzas,
El pie puse un día
En el pueblo, florón de la Mancha.
¿Por qué unos sonríen
Si de ella me hablan?
¿Por qué mis parientes
Y amigos se callan?
Aquí hay un misterio,
Aquí hay una infamia:
Descórrase el velo, me dije iracundo,
La verdad se manestre aunque sea amarga.
El sol tras los montes
Su luz ocultaba;
La luna se veía
Relucir como disco de plata.
Llegué. En el alfeizar
Entre tientos de flores tempranas
Su rostro hechicero
Y su busto arrogante asomaba.
Me dijo: amor mío
Hace un año te espero con ansia.
Al fin soy dichosa...
¿Mas qué tienes? ¿que sería es tu caral
Cogí entre mis manos
Sus manos pequeñas y blancas,
La miré un momento
Intentando por leer en su alma,
Pero yo estaba loco y no veía,
Sus manos temblaban
De sus ojos tan negros y hermosos
Brotaron dos lágrimas.

IV

Desde entonces llevo,
La sonrisa amarga,
La hiel en los labios,
La pena en el alma,
Y la duda cruel me persigue,
Me atormenta, más nunca me mata.
Tal vez la calumnia
Con su inmundicia baba,
Criminal, implacable en su historia,

Echó negra mancha.
Porque yo no creo
Que haya sido mala,
La mujer que ha jurado mil veces
Por la Virgen Santa.
Infeliz yo vivo,
Ella desgraciada,
La duda traidora
Con tason á los dos nos separa,
Y ha abierto un abismo
Que ignien ya lo salta!

EMILIO BERNABEU.

EL POEMA CIUDAD REAL

Con el fin de dar más interés y variedad á DON QUIJOTE DE LA MANCHA, periódico de cuya dirección se encargará muy en breve D. Juan Bautista Bernabeu, empezaremos á publicar en forma de folletín, y entre otras secciones nuevas que hemos de introducir para halago de nuestros suscriptores, el poema «Ciudad Real» que, sin que nos ciegue la pasión de familia, tanto ha interesado al público que ha podido leer los ocho «cautos» publicados en *El Labriego*.

Como quiera que se encarga de la dirección de DON QUIJOTE DE LA MANCHA el autor de dicho poema, publicará todo él de nuevo y á doble folletín, para acabar antes con la parte ya conocida del público que terminó ayer con el canto de la Inquisición en *El Labriego*, todo lo cual volverá á insertarse aquí, como decimos, y desde el principio, para seguir después con los «cantos que versan sobre el «Pueblo castellano» que abarcarán una gran extensión, historiándose dicho pueblo desde el siglo XII en adelante hasta el XV, más algún episodio de la «Guerra de la Independencia», que también tiene estudiado el autor.

Allí se hablará de la «Virgen del Prado», el «Barrio cristiano», el «Torreón del Alcázar», la «Sala de Armas del Rey Sabio», el «Municipio antiguo con su Ayuntamiento en San Pedro», la «Santa hermandad», etc., etc., y de los personajes que más brillaron por aquellos siglos, Hernán Pérez del Pulgar, el bachiller Fernán Gómez de Ciudad Real, etc., etc., constituyendo todo el poema lo más completo que hasta hoy se ha escrito sobre nuestra población.

Creemos complacer de este modo al suscriptor, que en último caso él juzgará de nuestra nueva labor.

Otras secciones de que yo daremos cuenta y muy interesantes, debidas á ilustradas plumas, completan nuestra obra.

También publicaremos á continuación del poema Ciudad Real, una serie de Leyendas en prosa y verso, sobre asuntos locales intituladas «El arroyo de las Animas», «Justicia de Alfonso XI», «La cuesta de los palos», «El postigo de la Traición» y «El Temblor de tierra», estas dos unidas al poema, y muchas más.

LA LOCURA DE LA VELOCIDAD

El siglo XIX legó en herencia al XX una sola ansia, una sola aspiración, un solo ideal: hacerlo todo en el menor tiempo posible.

Nuestros antepasados hacían las cosas despacio, pero al cabo de siglos concluían esas catedrales grandiosas, esos palacios admirables, esas estatuas sublimes; más nuestros artistas actuales construyen de prisa, y, claro es, sólo producen, por lo general, esas casas de vecindad que parecen grilleras, esas estuquillas insignificantes que adornan por do quiera las plazas y paseos.

Al cabo de largos desvelos, las plumas antiguas producían... poca cosa, una «Vida en sueño», un «Don Quijote de la Mancha»; la literatura de hoy es más rápida y productiva, como que sus obras maestras son... las hojas de los periódicos y el teatro por horas.

Hasta el correo nos parece tardo y

pesado, y utilizamos para nuestra correspondencia el telegrafo y el teléfono; más aquí osará comparar las admirables epístolas de nuestros grandes escritores viejos con la literatura de esos telegramas y telefonemas del día, siquiera los redacten los más preciaros ingenios?

No es que yo reniegue de las conquistas modernas, ni del progreso actual— ¡Dios me libre!—; antes al contrario, consisto mi protesta de fé más ardiente y fervorosa en su favor, por lo que tienen de buenos. Es que escribo bajo la presión deprimente y enervante que en cualquier espíritu equilibrado produce la horrible catástrofe del día 25 en la carrera de París á Burdeos.

Es que veo que la exageración nos domina y que el justo medio, en que está siempre la bondad de las cosas, no parece por parte alguna.

Y por eso surgen en mi ánimo esos recuerdos de lo antiguo, esas reminiscencias de la calma y de la parsimonia, como una compensación á tanta prisa, tanta velocidad, tanto correr, águé digo correr?, tanto volar, ó más, si puede ser.

De nuestros dominios quedó el refrán castellano «poco á poco y buena letra», que, digase lo que se quiera, es una verdad como un templo.

No olvido lo, que *el tiempo es oro*, como dicen los ingleses; pero también sé que no llega siempre á tiempo el que más corre; también sé que, para aprovecharle mejor y terminar bien las cosas, no es lo más adecuado hacerlas atropellada y rápidamente; por lo que ya decía un gran hombre: *«existeme despacio, que tengo mucha prisa»*.

Los antiguos andaban despacio, es verdad, pero de ordinario llegaban al fin de la jornada, concluían su viaje; nosotros tan rápida, tan veloz, tan vertiginosamente marchamos, que con frecuencia solemos quedarnos en el camino.

Eso es lo que ha sucedido, por desgracia, á las automovilistas de la fracasada carrera de París á Madrid: después de grandes desventuras propias y ajenas, después de la espantosa catástrofe de la primera etapa de la carrera, tuvieron que pararse, no concluyeron su viaje, detenidos por las tardías, pero á la postre acertadas disposiciones de los gobiernos francés y español prohibiendo esa marcha fúnebre y criminal.

El automóvil quizás sea un progreso, tal vez resulte un adelanto, pero lo será cuando se perfeccione y regule debidamente; lo será cuando se use con la moderación, el tiento y la calma necesarios para compensar en parte su natural velocidad.

Pero los llamados *sports*, como el que acaba de fracasar, siempre serán irracionales, bárbaros y monstruosos.

Así como hay el vértigo de las alturas y la atracción de los abismos, existe por lo visto la locura de la velocidad, según demuestra el caso presente; y la razón y la humanidad exigen evitar los perjuicios que pueden ocasionar.

SANCHO ABARCA.

De gran utilidad.

El actual prodigioso desarrollo que en nuestro país ha alcanzado en poco tiempo la industria y el comercio, y en general toda clase de negocios, ponen de relieve la necesidad é importancia de un guía que facilite los medios de poner en comunicación directa al mundo productor con el expendedor y á éste con el consumidor. Esta necesidad se encuentra resuelta consultando el *Anuario de Comercio* para 1903, que los editores Sres. Bailly-Baillière é Hijos acaban de poner á la venta. Con el *Anuario* cualquiera puede formarse idea exacta de la importancia comercial, fabril, industrial, agrícola, etc., no solamente de todos los pueblos de España, sino también de Cuba, Puerto-Rico, Repúblicas hispano-americanas y Portugal, puesto que da una completa información de todos estos Estados.

El *Anuario de Comercio* facilita á los fabricantes é industriales el envío de sus prospectos, circulares y listas de precios, puesto que en él y en cualquier pueblo, por insignificante que sea, se encuentra relación extensa de todas las profesiones, con el nombre, apellidos y señas de quien las ejerce.

El *Anuario de Comercio* da á conocer los medios de comunicación de unos pueblos con otros, su clima, situación topográfica, Producción, número de habitantes, religión, forma de gobierno de cada una de las naciones y Estados que da á conocer con relación de las personas, que desempeñan cargo oficial en cada pueblo, pudiendo formarse una exactísima idea de cualquiera que se desee conocer.

Además, el *Anuario de Comercio* da á conocer los nombres de las personas que habitan casa por casa las de Madrid, Barcelona, Valencia y otras poblaciones, con indicación de sus respectivas profesiones.

En una palabra, el *Anuario* equivale por sí solo á todas las estadísticas oficiales y particulares que se publican en cada uno de los países que comprende y es una enciclopedia de todas las bibliotecas necesarias para la vida práctica, única eficaz para poner en relación al elemento productor con el público consumidor.

Aparte de las innumerables correcciones y gran aumento que en sus datos se observa en la edición del año actual, merece citarse el mapa de España y Portugal que acompaña al *Anuario*, de un metro en cuadro, de suma precisión y en el que se encuentran todos los pueblos, por pequeños que sean, lo que constituye un poderoso auxiliar de esta obra.

Y, por último, revisando sus páginas de anuncios observase la importancia que la publicidad tiene en esta obra, dada su gran circulación en España, Portugal, Cuba, Puerto Rico, América del Norte, Central y Sur, Francia, Inglaterra, Alemania, etc., resultando esta sección de suma importancia para dar á conocer sus productos el comercio é industrial en estos países, que son de la mayor importancia mercantil.

Tales son á grandes rasgos las principales ventajas de esta obra, que, después de veintinueve años que hace viene publicándose, es suficientemente conocida para necesitar de alabanzas. Véndese al precio de 25 pesetas en la Administración, Plaza de Santa Ana, 10, Madrid, y en las principales librerías del mundo.

Los labios rojos

En el gabinete azul, lleno de objetos de arte y elegantemente amueblado, yace una mujer en un lecho empapado en sangre con un puñal clavado en el pecho.

«¿Quién asesinó á aquella criatura tan joven y tan hermosa? ¿Quién fue tan malvado que no se apiadó de aquellos admirables cabellos de oro, de aquella boca diminuta, de aquel seno turgente, fresco como un lirio?»

No es posible que nadie se hubiese atrevido á matar á aquella mujer. Ella misma se había herido de muerte.

Burlada, vendida, menospreció la existencia, y sin que le vacilara el corazón, sin que le temblara la mano, aquel ser tan delicado y tan bello, todo frivolidad y ligereza, tuvo el inconcebible valor de desgarrar su admirable carne con un puñal y de apretar el acero con verdadera saña.

Ahora está muerta, ó al menos parece estarlo, á juzgar por la palidez de su frente y de sus labios...

Sin embargo, su cuerpo se agita todavía, aunque con penoso trabajo.

Incorpórase de pronto, y vése brillar en sus grandes ojos, que abre desmesuradamente, una mirada de indignación y de extraordinaria sorpresa.

«¿Cómo! ¿Vive todavía la desdichada? ¿el puñal no ha penetrado lo bastante en su pecho?»

«¡Oh!—exclama la suicida con acento de cólera— ¡sería horrible no morir!»

Pero no tarda en tranquilizarse, comprendiendo que su herida es mortal de necesidad.

Si ha logrado incorporarse en el lecho, ha sido gracias á un espasmo súbito, porque su cabeza ha de caer en